

Democracia violenta, actores sociales y retos políticos

FRÉDÉRIQUE LANGUE

Centre National de la Recherche Scientifique

ENRIQUE DESMOND ARIAS and DANIEL M. GOLDSTEIN (eds.): *Violent Democracies in Latin America*. Durham & London: Duke University Press, 2010; MIGUEL TINKER SALAS: *The Enduring Legacy. Oil, Culture and Society in Venezuela*. Durham & London: Duke University Press, 2009; SUJATHA FERNANDES: *Who Can Stop the Drums? Urban Social Movements in Chávez's Venezuela*. Durham & London: Duke University Press, 2010.

Hace unos cuantos años, David Mares publicó un libro de sugerente título: *Violent Peace* (Columbia University Press 2001). El subtítulo, “Militarized Interstate Bargaining in Latin America”, apuntaba sin embargo a una realidad predominante en la década anterior y algo distinta a la que asoma en los tres libros considerados en este ensayo, realidad social que ha ido cobrando precisamente una expresión más radical en el transcurso de estos últimos años. De acuerdo con los tres autores, son en efecto las representaciones y prácticas de la democracia y el comportamiento de los actores sociales ante un Estado impotente o cómplice las que constituyen el mayor reto en una América Latina democratizada y hasta anclada a la izquierda desde el año 2006, salvo contadas excepciones. Ejercicio del pluralismo en un sistema democrático, orígenes políticos y sociales de la violencia, modalidades de la misma (colectiva, organizada y hasta estatal) y sus consecuencias para la sociedad civil y los derechos humanos, límites del “disentir”, exclusión política y estados de excepción, díptico Estado-violencia en fin, que no deja de resumir sendas problemáticas, conforman las problemáticas abordadas en estas entregas. Cabe señalar que el advenimiento de la democracia y por lo tanto de ciudadanías “multiculturales” (i.e. en Bolivia en 2005, de acuerdo con el vicepresidente Alvaro García Linera) corre parejas con

la voluntad de contar con un Estado “fuerte” y lleva por lo tanto a la cuestión de la calidad de la democracia con criterios variopintos, tales como la raza, las clases sociales, la región y las afiliaciones políticas. De ahí la caracterización de democracias “incompletas”, especialmente en lo que se refiere al segmento más pobre de la población o a las comunidades indígenas, afectadas con frecuencia por los fenómenos violentos. Hay que subrayar, además, el hecho de que se contempla aquí la experiencia vivencial de estas categorías sociales, más que el sistema electoral o la estructura formal de la democracia enfocada desde el punto de vista de su gobernabilidad.

Tal es la problemática desarrollada a nivel continental y en una perspectiva comparada por *Violent Democracies in Latin America*, cuyos coordinadores destacan los diversos orígenes de ese “pluralismo violento” en las llamadas “nuevas democracias”. De entrada abordan los cuestionamientos que arroja la utilización del término democracia a la hora de evaluar precisamente la “calidad” de la misma (inclusión socio-política, transparencia, criterios de gobernabilidad etc.) y el nivel de violencia, asociado en la mayoría de los casos con el fracaso del sistema democrático y de las instituciones afines. Por eso mismo se recurre al concepto de “democracia formal” para caracterizar estos regímenes, confrontados tanto con formas de violencia política, económica, criminal y doméstica (de México a Brasil pasando por Venezuela y Colombia) que desembocan en tasas muy altas de inseguridad y en la degradación de la “civilidad”, particularmente en el ámbito urbano —y más en el caso de una violencia colectiva y a veces endémica—, como con despiadadas formas de exclusión (caso ejemplar de Bolivia). De ahí también la imprescindible identificación de los límites puestos al disenso, tal como aparece en el capítulo dedicado a Colombia y en las respuestas manejadas por el Estado (estado de sitio, contrainsurgencia, “guerra sucia” y papel de los paramilitares) en caso de que el mencionado Estado esté en condiciones de contrarrestar una violencia “organizada” (ejemplo de República Dominicana), disyuntiva también objeto de un nutrido capítulo. En este sentido, el conjunto de estas contribuciones pone de relieve el hecho de que los fenómenos de violencia van mucho más allá de una “aberración” en lo social, en la medida en que terminan siendo un mecanismo encaminado paradójicamente a preservar las instituciones y políticas que las referidas democracias neoliberales han venido forjando a lo largo de varias décadas, a la par que se iban acentuando las desigualdades sociales. La violencia desatada en varios niveles no siempre apunta al fracaso del Estado democrático sino más bien al cuestionamiento del mismo, de las prácticas de la democracia, del ejercicio de la ciudadanía en ese peculiar contexto de afianzamiento y desarrollo del sistema democrático, de su base institucional y del ideal que conlleva.

Esta aproximación multidisciplinaria —a partir de las ciencias políticas, de la sociología, de la historia y también de la antropología— permite compaginar sendas perspectivas, teniendo en cuenta el proceso de democratización de las sociedades aludidas —dentro de una economía neoliberal, claro está—, así como el papel de los actores sociales y especialmente de las clases subalternas. Plantea asimismo la cuestión de la violencia estructural y de larga duración tanto en lo político como en lo social. Esta violencia duradera subyace en efecto en el “pluralismo violento” tal como se observa en Latinoamérica, en las relaciones que mantienen los actores violentos con la sociedad civil (tema de la inseguridad, o expresiones violentas de la misma, como es el caso en Bolivia o en Argentina; o del narcotráfico, en el caso de México y Colombia; o el papel de los movimientos no-violentos en la misma Colombia). De igual manera se analizan otros componentes estatales (clase política, administración, sector militar y policía), y se develan paradojas como la de Colombia, que si bien resulta ser una de las más antiguas democracias del continente, también es una de las más violentas. El conjunto de estos estudios arroja una pregunta clave aunque aparentemente paradójica, la de la legitimidad de las actuaciones violentas y del reto que plantea para el futuro a la defensa de los derechos humanos, con vistas a una verdadera democratización de las prácticas políticas, en un escenario de alcance continental donde además priva otro imperativo mayor, la seguridad de los Estados Unidos.

En este sentido, los otros dos libros contemplados en este ensayo vienen a completar dicho enfoque, al tratar de uno de los países más controvertidos en la actualidad internacional e incluso en el campo de las ciencias sociales: Venezuela. Con la subyacente pregunta, relacionada en gran parte con la situación actual: ¿cómo explicar que en una sociedad donde se ha redistribuido tanta riqueza (petrolera) haya aumentado tanto la violencia? Miguel Tinker Salas destaca en este aspecto las relaciones que se fueron estableciendo, en el orden cultural y social, entre la prosperidad petrolera que se inicia a principios del siglo XX y sus actores económicos y sociales, tanto venezolanos como extranjeros (ingleses, norteamericanos, holandeses — las compañías y los empleados de las mismas), cuyos intereses se confundieron hasta hace poco con el lema del desarrollo nacional. Este sufrido legado —que hasta ahora no había sido analizado cabalmente, si no en su vertiente desarrollista, en relación con el papel del Estado benefactor o también en lo que se refiere a la movilización en contra de las compañías extranjeras por el dominio del subsuelo (papel de los sindicatos incluido)—, se estudia aquí partiendo de las experiencias propias de sus actores y de las relaciones de trabajo que se forjaron en los campos petroleros incluso desde el punto de vista racial (convivencia entre afrovenezolanos y Afro-West Indians) y de clase. No deja por cierto de retomar los valiosos aportes proporcionados por la historiografía venezolanista desde los años 80, en el campo de las ciencias

sociales y particularmente de la historia política y social. Luego de una apretada síntesis sobre la Venezuela antes de la era petrolera propiamente dicha y de su (ya) complejo panorama social —en ese apartado se incluye el gobierno de J. V. Gómez, 1908-1935—, se adentra en el azaroso proceso de instalación y descubrimiento protagonizado por la industria nacional y las compañías extranjeras. Insiste por lo tanto en el “Mediterráneo tropical” conformado por la cuenca del lago de Maracaibo, y en las consecuencias que conllevó para las comunidades indígenas la modernización de las estructuras productivas y el control de la fuerza de trabajo. Profundiza este aspecto al considerar las jerarquías sociales y raciales que se van imponiendo en los mencionados campos petroleros, junto a la inmigración de trabajadores procedentes de Estados Unidos, México, el Caribe y hasta de China. Asimismo analiza las reacciones de los intelectuales y de los políticos criollos ante la concentración de esta población de color y la conformación de una democracia *sui generis*, mestiza, “café con leche”; dicho de otra manera, de una mítica democracia racial. El género también es objeto de esta investigación que reúne el análisis de formas de poder con sus implicaciones culturales, y evidencia la instalación en el trópico venezolano de familias enteras procedentes de Texas, California o Massachusetts y la importación de una nueva normativa cultural, imponiéndose las prácticas foráneas como estándar en lo que a clase social y estatus se refiere.

Un capítulo puntualiza el papel de las compañías a la hora de fomentar las aspiraciones de clases y de difundir un modelo de ciudadanía acorde con los intereses de la industria petrolera, generando, más allá de la organización espacial de los campos petroleros, entre sucesivas generaciones de venezolanos e incluso en el conjunto de la sociedad civil, un modelo y estilo de vida alternos y hasta una “nueva sensibilidad” propia de la incipiente “clase media” y hasta de las élites gobernantes y sociales. Esta evolución se va afianzando en un contexto de Guerra Fría, durante el régimen autoritario de Pérez Jiménez y luego durante los gobiernos democráticos instalados a raíz del pacto de Punto Fijo (1958). El último capítulo contribuye asimismo a poner de relieve, junto a la conformación de nuevos (¿modernos?) intereses de clase y valores socio-culturales propiciados por empresas extranjeras (aunque tampoco hay que olvidar las reacciones nacionalistas dentro de la “Gran Venezuela” y la consiguiente nacionalización de la industria petrolera en los años 1976), la compleja red de relaciones sociales que no dejó de influir en el proceso político de un país sumamente dependiente del “oro negro”. También se insiste en la importancia de la economía petrolera en el escenario internacional, en las inversiones extranjeras y el papel fundamental y “modélico” desempeñado en ese aspecto por las compañías, especialmente las estadounidenses, tanto en lo que a extracción, refinación y exportación se refiere, como en relación a otras regiones económica y estratégicamente de interés para

Estados Unidos. El nuevo panorama creado a raíz de la llegada de Hugo Chávez al poder (1999) no sería en este sentido un efecto de la “siembra del petróleo”, sino la consecuencia del resquebrajamiento del consenso logrado a lo largo de varias décadas por las fuerzas políticas de la “TV República” y de un pacto social fundado en un hipotético ya que continuo crecimiento económico fundado de forma exclusiva en las bonanzas petroleras.

El último “componente” de este ensayo, *Who Can Stop The Drums?*, de Sujatha Fernandes, si bien aborda una problemática social particularmente relevante durante la presidencia de Hugo Chávez, arroja datos de interés acerca de los movimientos sociales y de los *barrios* (populares), cuya historia va relatando desde los años 1960, incluyendo la fase de lucha armada y la época de la “Venezuela saudita” hasta la crisis de los partidos tradicionales, poniendo de relieve formas de resistencia social y cultural que, hasta hace poco, no llegaron sin embargo a despertar el interés de los científicos sociales. A través de estas historias de vida, de la vida de los barrios, de sus asambleas y del funcionamiento sus comunidades (hasta en lo festivo), busca demostrar cómo se ha ido fraguando, bajo el gobierno de Chávez y gracias a formas genuinas de organización –y por lo tanto de participación– social y política (véanse por ejemplo los nuevos medios de comunicación social, especialmente las radios comunitarias), una identidad propia y hasta una memoria y una conciencia de cuño histórico. Este reconocimiento de la “cuestión social” y de las luchas protagonizadas por los “residentes de los barrios” por mejorar sus condiciones de vida básicas y contrarrestar una violencia vivida a diario, lanzó a los pobres de la ciudad de Caracas a un escenario político que la autora no vacila en calificar de “post-liberalismo”. Llega en efecto a desarrollar la hipótesis de un Estado venezolano híbrido en el siguiente sentido: mientras el presidente Chávez encabeza firmemente la lucha en contra del neoliberalismo, el Estado permanece sin embargo bajo influencia de fuerzas y lógicas externas, de índole capitalista y fuertemente globalizadas.